

Cirio morado / cirio verde

N.H.D. José Garduño Navas,
Vestidor de Honor de la Hermandad de la Macarena

Sus dedos huelen a la Esperanza de tantas veces como la han tocado, se saben de memoria los caminos que llevan a esa gloria que es su cara, a esa eternidad que se asoma a sus ojos, a esa encrucijada de vida que es su entrecejo. Sus manos, las de José Garduño, llevan casi sesenta años vistiendo a la Esperanza, tanto la conoce que podría hacerlo con los ojos cerrados a pesar de que “aún me sigo poniendo nervioso”.

Este trianero de ochenta y dos años llegó a la Hermandad en una carambola que él, como no podía ser de otra forma, achaca a la Virgen. “Llamaron a mi hermano Antonio, que ya vestía a la Estrella, para vestir a la Esperanza. Fue a principios del 56 o del 57, y le pedí que me llevara algún día a verla vestir porque recordaba ir a su besamanos siendo un niño y quedarme extasiado. Un día me llevó, le dijeron que tenía que vestir también a la Virgen del Rosario, él respondió que no le daba tiempo pero que yo sabía un poquito porque le ayudaba en la Estrella. Yo nunca había vestido, pero le eché valor. Me encontré con una entretela de sastre y se me ocurrió hacerle al Rosario una especie de toca de sobremanto para hacerle un pollerito, le hice un tocado estilo de dolorosa pero en gloria, es decir, descubriéndole el pelo y dejando fuera los pendientes, y aquello gustó muchísimo. El Prioste del Rosario era además Mayordomo de Los Negritos y me propuso vestir a la Virgen de los Ángeles, que vestí durante un año y pico. A la gente le gustaba. Una Semana Santa mi hermano tenía que vestir a la Esperanza para el paso, pero la Junta del Gran Poder le pidió que ese mismo día vistiera a la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso, y como era capiller del Gran Poder no pudo negarse, así que llegó a las tantas a la Macarena. Luego, el Prioste, Pepe Mena Martagón, nos citó a los dos en un bar y le dijo a mi

hermano que la Macarena no podía estar supeditada a sus horarios como capiller pero que no querían que se perdiera el apellido a la hora de vestir a la Esperanza y que por eso habían pensado en mí. Primero dije que si mi hermano no la vestía yo tampoco, pero al decir que buscarían a alguien pensé que para que la vistiera otro, la vestía yo”.

Garduño lo tuvo claro desde el principio, el estilo macareno debía girar en torno a su incomparable cara. “Cuando le vi esa cara y esa expresión tan extraordinaria pensé que había que destaparla, enseñarla y presumir de esa belleza, así que le eché el tocado para atrás, le saqué la cara y en vez de un pico, como le hacía Pérez Calvo, le puse tres y le lucía los encajes. Cuando la veía se asombraba y gustaba muchísimo. Luego para la Coronación se me ocurrió meterle el manto por debajo del tocado y hacerle un pecho de encajes grande, y aquello fue un escándalo, la gente se volvió loca”. todo el mundo loco.

Comienza en 1957 a vestir a la Virgen del Rosario y dos años más tarde a la Esperanza. “La primera vez que la vestí fue de hebrea, me temblaban las piernas, luego cuando la tuve que vestir para el paso parecía que estaba subiendo al cielo. Como gustó desde el primer momento, sobre eso fui creando y afianzando un estilo particular, con poderío, muy imitado, el estilo Garduño que al fin y al cabo es el estilo macareno”. “He sido autodidacta y audaz, porque hay buenos y malos vestidores, pero además de eso hay que saber crear. Para ser un creador, primero hay que tener buen gusto y luego saber qué estilo es el más adecuado a la imagen que vistes. En el paso la Esperanza no puede ir escurridita, tiene que llenarlo, mandar en el palio. Sobre eso se ha ido creando el



estilo macareno, que es alegre, fino, elegante y con gracia, es una línea muy fina, porque de eso a lo ordinario y chabacano hay un paso si no se hacen las cosas bien. Debe ir con un empaque enorme, alegre y con mucho poderío, que todos digan ahí va la Esperanza Macarena”.

La creación tiene una trastienda de reflexión e inteligencia, y Pepe Garduño siempre se ha basado en ellas para ir puliendo su estilo sobre un eje irrenunciable: “crear para realzar y exaltar siempre a la Imagen, en este caso la Esperanza”. Es una tarea de años, porque “el estilo se consigue poco a poco, sin hacer barbaridades”, y con el referente de la Virgen como faro que guía sus manos. “Antes la Virgen se vestía con una anchura enorme, yo le estrechaba lo más posible el pollero, pero era lo que había. Luego se hizo un pollero nuevo, que se podía estrechar más, eso sin llegar a ponerla como una Virgen de cofradía de silencio, porque la Esperanza es de barrio y debe decir aquí estoy yo”.

Muchos buscan su estilo durante décadas y jamás lo hallan, sin embargo Garduño supo encontrar las

claves del estilo macareno en poco tiempo y lograr que la Hermandad se reconociera en él, y que todos reconocieran a la Hermandad de la Macarena en él. “En el estilo macareno no puede faltar el pico, la cara fuera, los encajes sueltos y naturales, y las mariquillas porque son una cosa de la Virgen, y últimamente una creación mía: meterle en los tres picos del tocado un brillante. Fue arriesgado, la gente se extrañaba de un anillo en la frente, y ahora ya es clásico en Ella porque su brillo parece que llama tu atención hacia la cara de la Virgen. Todo lo hago para que luzca Ella, tiene un cuello perfecto y por eso quiero que se le vea la garganta, las cuerdas vocales, el hoyito, los perfiles despejados, que asome el pelo sin exagerar... Su Cara es lo importante, nada más”.

Lleva más de medio siglo a su vera y aún le sigue temblando las manos cada vez que se acerca a Ella. “La primera vez que la vestí me impresionaron sus ojos, tiene una mirada que te hipnotiza, estás a diez centímetros y te está mirando constantemente. Es estremecedor. Me tomo antes de vestirla una pastillita para tranquilizarme porque me siguen temblando las manos de los nervios que siento”. La conoce mejor

que nadie y no duda en afirmar que “es única, es una imagen viva, de cerca te das cuenta de que no tiene nada idéntico ni simétrico y eso le da personalidad. Las imperfecciones son su perfección”. Cada vez que la viste “lo primero que hago es arrodillarme y besarle las manos. Mientras la visto no rezo, le hablo de mis cosas, le pido por mis hijos y mi familia, le echo piropos y le digo “Miarma, a ver si te pongo muy guapa para que la gente te chille y te rece”. También le digo “Te voy a poner un tocado más difícil porque ya que te van a copiar, por lo menos que les cueste trabajo”. En casa sí le rezo. Es mi madre, mi amiga, mi confidente, mi Virgen”. Y hace una reflexión que estremece: “Nadie en la historia de la Hermandad, ni Juan Manuel ni el propio autor de la Virgen, la ha tenido tantos años tan cerca como yo. Así que creo que la conozco bien, y Ella a mí”.

¿Cómo no va a conocerla quien viajó a su lado abrazándola? “Cuando la Virgen fue al Polígono de San Pablo para Las Misiones, la metimos a las tres de la mañana en una furgoneta de Flex para que nadie la viera. En el suelo de la furgoneta había un colchón de matrimonio. La tendimos allí sin manto y con las manos cruzadas sobre el pecho. El capiller y yo fuimos acostados a su lado, abrazados a Ella para que no se moviera durante todo el trayecto. Cuando cerraron las puertas nos quedamos a oscuras con la Virgen. Fue escalofriante viajar a oscuras abrazados a la Esperanza”.

Y tanto que se conocen, no en vano ha sido su vestidor en la Coronación y ahora en el cincuenta aniversario de la misma. Recuerda con una satisfacción indescriptible la explosión de devoción popular que fue la Coronación, a pesar del disgusto “cuando el Prioste y yo abrimos la puerta de la Catedral y vimos que llovía a mares”. “Aquello fue grandioso, cómo se trabajó para coronarla en la Catedral y la gente en avalancha para coger sitio cuando se abrieron las puertas. Recuerdo que el Cardenal le puso la corona torcida, entonces Pepe Mena me dijo que se la pusiera derecha. Subí por la rampa con las piernas temblonas, allí estaban todas las autoridades, Franco, guardias con los fusiles hasta en las galerías de arriba de la Catedral... me subí al paso, le enderecé la corona y simulé ponerle el tornillo. Al cabo de un tiempo, Pepe Mena me dedicó una de las láminas que se sacaron con estas palabras: “La Virgen ha querido que la corone Bueno Monreal y que la recorona Pepe Garduño”. Las vísperas del Cincuentenario las ha vivido con angustia porque “tuve un ataque de artrosis en la mano derecha y me pusieron una férula con un hierro para inmovilizármela. Me quería morir, lloraba porque no sabía qué iba a hacer, así que me encomendé a la Virgen y unos días antes me quitaron el hierro. Me recorté un poco la férula

para poder vestirla. Las pasé canutas pero todo salió de maravilla. Ha sido un escándalo de bien que ha salido. Me quedo con la misa en la Plaza España, con la Virgen subiendo la rampa con su sinfonía... parecía que subía al cielo. Y el remate de Suspiros de España...”. Emocionado, reconoce que “ya no pude acompañarla más, mis fuerzas no me lo permitieron”.

Se adentra en su relación íntima con la Esperanza, sellada para siempre con un milagro de la Virgen. “Un día mi hija, con siete añitos, me dijo que veía la tele doble. La llevamos al oculista, al doctor Quiles, quien al hacerle un fondo de ojos nos dijo que nos fuéramos inmediatamente a ver al doctor Murga, el neurocirujano, porque aquello era grave. Murga la reconoció, me dijo que tenía una inflamación enorme y que había que hacerle un tac. Nos dijo que tenía hidrocefalia. Aquello nos dejó de piedra. Le puso un tratamiento y nos advirtió que si no respondía, había que operarla de la cabeza. Era Cuaresma, las Hermandades pidieron en los cultos por la niña. La volvieron a ver y seguía igual. Hasta una amiga de mi mujer la llevó a las Hermanas de la Cruz, y como las conocía, la acostaron en la cama de Santa Ángela. Al día siguiente yo tenía que vestir a la Esperanza. La vestí llorando, estaba destrozado. Le cambiamos la venda de la cabeza a la Virgen y Manolo Martínez me dijo que me la llevara para ponérsela a mi niña. Cuando llegué a casa, mi hija estaba dormida y se la pusimos. A los dos días fuimos a ver al doctor Murga, le miró el fondo de ojos y me preguntó “¿Pepe, aquí que ha pasado? Aquí ya no hay nada”. Me mandó a sacarle líquido a un laboratorio y dio que era agua”. Pepe no puede sujetar las lágrimas ni evitar que la voz se le quiebre. Intenta recomponerse, pero no puede. Medio sollozando, dice “Cómo no voy a querer yo a la Virgen”.

Reconoce que ya está cansado después de tantos años. Se quiere retirar pero aún sigue guiando a su discípulo José Manuel cada vez que viste a la Virgen. Sabe que ese día en que lo dejará está cerca, por eso hace balance de toda una vida al lado de la Esperanza. “Quisiera que me recordaran como una persona que se ha entregado con todo su cariño a la Virgen durante sesenta años y que me he sacrificado mucho por vestirla. Me gustaría tener quince años para seguir a su lado. El día que me vaya la voy a echar muchísimo de menos, pero estoy muy cansado. Y cuando me muera, quiero que me traigan a la Basílica para despedirme de Ella antes de verla por fin cara a cara... que más guapa que Ella no podrá ser la del cielo”.

